

El Complejo de Macho, o el "Machismo"

I. INTRODUCCION.

El lenguaje popular es una de las fuentes más fecundas con que cuenta la psicología para su investigación. En el lenguaje popular queda plasmada la manera de ser de un ambiente, de una sociedad, de un pueblo.

La palabra "macho" se encuentra en el lenguaje popular de nuestro ambiente con una frecuencia inusitada. ¡Cuántas veces no hemos oído en las calles, en un bar, en un local público, en una conversación, expresiones como estas: "Hay que ser macho", "Yo soy muy macho", "A lo mero macho", "Pórtate como un macho", etc.!

Reflexionando sobre estas expresiones llegamos a la conclusión de que el adjetivo macho corresponde a una mentalidad y a un determinado patrón de conducta. Si esto es así, ¿qué características presenta este conducta? ¿Qué consecuencias aportan esta mentalidad y patrón a la vida personal, familiar, social? ¿Son positivos o, por el contrario, su existencia es nociva? He aquí algunas de las preguntas a las que pretendemos dar una respuesta esquemática en este pequeño ensayo.

Macho es definido por el diccionario como "animal del sexo masculino". Alude por lo tanto a una diferenciación sexual del orden meramente animal. El ser macho no es algo específicamente humano, sino una característica de orden sexual, que hace distinguir fundamentalmente a un animal de otro de sexo contrario. Macho y hembra constituyen el binomio meramente animal en el orden de la sexualidad.

Subrayemos ya desde el principio cómo la misma expresión macho hace referencia a un plano en el que el hombre no es distinto del animal, es decir, a un nivel meramente biológico. Tan "macho" es un hombre como un perro, un gato, un elefante, o un ratón del sexo masculino.

Si al hablar de un ser humano nos quedamos en este plano biológico estamos procediendo como simples zoólogos, pero en ninguna manera estamos enfrentando al hombre en su característica de ser humano, de ser personal.

II. ¿POR QUE COMPLEJO?

Un **complejo** consiste en un grupo o conjunto de ideas, impregnadas afectivamente, que desarrollan actividades inconscientes y se manifiestan por una serie de síntomas externos. Expliquemos brevemente esta definición.

Estas ideas están **impregnadas afectivamente**: producen en nuestro psiquismo temores o alegrías, tristezas o ilusiones, angustia o felicidad. Es decir, no son unas ideas meramente objetivas, sino unas ideas que afectan nuestro ser, moviéndolo a emociones diversas. El conocimiento de la regla de tres, o de la composición química del aire es un conocimiento —llamémoslo así— **apersonal**, que de ninguna manera afecta mi vida privada, mi comportamiento diario. Un complejo se constituye, por el contrario, por una serie de ideas ante las que se reacciona afectivamente, es decir, que afectan lo más hondo de mi vida personal. Fuera de eso, las ideas de un complejo están por lo general relacionadas con un suceso, una experiencia de nuestra propia vida, aunque no necesariamente. En este sentido, los patrones sociales pueden transmitir un complejo, es decir, estas ideas afectivas, sin que esto incluya necesariamente una experiencia traumática en la vida personal del individuo.

Este conjunto de ideas, impregnadas afectivamente, **desarrollan** una serie de **actividades inconscientes**. Las ideas que constituyen un complejo son ideas activas, es decir, que latén en nuestro psiquismo. Sin embargo, su actividad no alcanza nuestro campo de conciencia y están como un trasfondo continuo de nuestro proceder.

Finalmente, estas actividades inconscientes brotan al exterior por una serie de **síntomas externos**.

Podemos determinar la existencia de un complejo analizando estos síntomas, aunque no sepamos a ciencia cierta cuál sea su base.

Por otra parte, un complejo no es algo necesario y exclusivamente personal. Cuando los mismos síntomas se producen en los diferentes individuos y sectores de una sociedad, cuando estos

síntomas se transmiten por medio de patrones sociales, estamos en presencia de un complejo social o, lo que es lo mismo, de un complejo que afecta a una sociedad en su conjunto (lo que no quita para que existan excepciones, claro está). Evidentemente el complejo revestirá modalidades diferentes (aunque fundamentalmente las mismas) dependiendo del ambiente, estrato social, económico, cultural, religioso, etc. De ahí a afirmar una transmisión biológico-hereditaria del complejo hay un gran paso que no nos atreveríamos a dar. Sin embargo, no nos cerramos a la posibilidad de un cierto influjo —incluso biológico. La vida psíquica, las experiencias de la vida, el comportamiento social, van determinando a la persona en su totalidad y, por lo tanto, también en su realidad neuro-fisiológica. En este sentido, admitimos la posibilidad de que una determinada conducta (en nuestro caso, un determinado complejo) deje sus rastros en la estructura temperamental del individuo, por transmisión cromosómica.

III. ORIGEN.

¿Cuál es el origen de este complejo? En cada caso personal, el origen es la educación y las estructuras sociales que van configurando al individuo. Pero no es esto lo que nos preguntamos aquí. Buscamos, más bien, las causas primeras que dieron motivo a la formación de este núcleo de ideas afectivas, que poco a poco fueron relegadas al inconsciente, formando el complejo.

A esta pregunta no tenemos ninguna respuesta satisfactoria. En las investigaciones llevadas a cabo, se pensó originariamente en la manera de ser y comportarse de los conquistadores españoles. Esta teoría no recibe apoyo en el hecho de que en ciertas regiones españolas (sobre todo entre la gente del campo), se den algunas características similares, porque estas características se encuentran en un marco de referencia totalmente distinto.

Otro dato que avalaría tal origen se debe a que el complejo de macho se encuentra repartido por diversas regiones latinoamericanas, donde el factor común era el español, mientras que el elemento nativo variaba. Sin embargo, nos encontramos con que en ciertos sectores de individuos nativos, en los que prácticamente no existe mezcla con sangre española, o simplemente pertenecientes a otras razas (como es, por ejemplo, la negra), se da también el mismo complejo. Habría que aceptar, pues, de una manera parcial la explicación que atribuye el origen al elemento hispano, pero sin que esta explicación pueda dar razón total de este complejo.

Descartado el problema del origen, es claro que su transmisión se realiza por medio de patrones de conducta personal socialmente aceptados y mantenidos. Comprendemos entonces cómo individuos provenientes de inmigraciones foráneas puedan, con el transcurso del tiempo, asimilar este complejo. Así, por ejemplo, descendientes próximos de alemanes, italianos o norteamericanos.¹

IV. DESCRIPCION DEL COMPLEJO.

El hombre con complejo de macho considera que la virilidad consiste fundamentalmente en una "genitalidad" de la vida: el hombre es más hombre cuanto más macho, cuanto más desarrolle su sexualidad genital.

Si empleamos el término genitalidad (y no precisamente en el sentido psicoanalítico) es debido a que la sexualidad del hombre, rectamente entendida, abarca un campo mucho mayor que el de la mera agresividad sexual. Por el contrario, la genitalidad queda caracterizada por estos dos factores: actividad sexual y agresividad. El macho es el hombre que se comporta de una manera sexual y de una manera agresiva.

Ante todo el machismo se caracteriza por la actividad sexual. El hombre, pulsado por su complejo de macho, desarrollará desde muy temprano una fuerte actividad sexual: tratará de conquistar sexualmente cuantas más "hembras" posibles, patentizará con diversas demostraciones su dominio sobre ellas, hará continuo alarde de su potencia sexual.

Es el caso del individuo que asedia continuamente a una mujer hasta que consigue vencer su resistencia, para luego dejarla abandonada. Conozco jóvenes que se proponían como meta de un domingo o de una semana el terminar con la virginidad de determinada muchacha y se valían para ello de todos los medios (hasta de la violencia). Cada muchacha vencida constituía como un trofeo. Esta conducta implica mucho más que una mera necesidad sexual: indica una pulsión patológica de proceder como machos. Síntoma claro de un complejo del que, naturalmente, no son conscientes.

La segunda característica del machismo es la agresividad. Agresividad que bien puede ir incluida en el mismo comportamiento sexual, pero que tiene también manifestaciones independientes. El macho se preciará de ser muy fuerte, de "liarse a golpes" con cualquiera, de armar líos por la menor cosa, de emborracharse frecuentemente y armar escándalos, de usar con frecuencia armas peligrosas, etc.

A esta agresividad se une una fuerte susceptibilidad, que hace al macho salir en defensa de su "honor" ante la más mínima palabra o situación ambigua, con un comportamiento brutal y agresivo. El macho quiere solucionarlo todo a golpes: "a lo mero macho".

Junto a esta actividad sexual y agresividad, el macho tiene un profundo **horror por** todo lo que pueda implicar **delicadeza, sensibilidad**, manifestaciones afectivas, etc. Todas estas cosas son consideradas como signos de debilidad y, por lo tanto, de feminidad. En este sentido, el macho se comportará "patanamente" en situaciones que requieren una apreciación estética, un sentimiento delicado, una manifestación afectiva. Incluso llegará a preciar de su supuesta incapacidad para vivenciar estas situaciones: "es que yo soy muy macho".

Subyacente a todo este comportamiento externo se encuentra una **mentalidad sobre la mujer**: la mujer es básicamente **inferior al hombre**, inferior en cuanto ser humano. Es decir que la mujer es, según esta mentalidad, un ser humano de segunda categoría. Por lo tanto, el valor de la mujer está en función del hombre y totalmente subordinado a él. Es el hombre quien cuenta ante la sociedad, mientras que la mujer ha de resignarse a un papel meramente casero. Por otro lado, se parte del presupuesto de que la mujer vale muy poco intelectualmente y de que sus posibilidades en el campo mental son muy limitadas.

¿Qué le queda a la mujer? Todo lo que el hombre menosprecia: afectividad, sentimiento, crianza de hijos y, por lo tanto, obediencia y respeto con relación al hombre. La mujer es considerada como un ser simple, cuya función en el mundo se subordina totalmente al papel del hombre. A esta concepción contribuye el que se ha dado en llamar **complejo de virginidad**, complejo complementario del machismo: la mujer ha de permanecer recluida en la casa (enclaustración), no tiene necesidad de estudios especiales (inteligencia inferior), debe llegar al matrimonio virgen de todo conocimiento y experiencia sexual (instrumento del marido), etc.

V. CONSECUENCIAS DEL COMPLEJO.

1.—Personales.

Ante todo, el complejo de machismo supone una serie de criterios erróneos con respecto a la virilidad y feminidad. Estos criterios constituyen una concepción equivocada del ser humano, en la que **el hombre es más persona** que la mujer.

Todo **contacto** verdaderamente **humano** entre hombre y mujer queda así **imposibilitado** de raíz.

No hay posibilidad de un auténtico diálogo (diálogo en sentido existencial, es decir, en cuanto intercambio dialéctico entre personas que viven en una sociedad). La mujer pasa a ser un medio con respecto al hombre, que es fin.

La falsa idea sobre la virilidad conduce a una **derivación de la energía humana** en una sola dirección, con menoscabo de otras actividades y problemas mucho más importantes. Al ponerse el ideal viril en una realización meramente sexual y agresiva, se consume una cantidad ingente de energía necesaria para otro tipo de actividades —culturales, sociales, religiosas, etc.—. ¡Cuántas veces por mostrar su "virilidad" el macho deja de realizar una obra necesaria!

El hombre posee en sí grandes cantidades de energía. Pero esta energía es limitada. Si toda la fuerza se encamina a la consecución de conquistas sexuales o a la exhibición de comportamientos fundamentalmente animales, el estudio, la actividad profesional, el desarrollo económico, el enriquecimiento vivencial, quedan relegados a un plano muy secundario. Una sociedad que vive el complejo de macho consume en él tal cantidad energías, que difícilmente puede progresar en su desarrollo y mejora.

Finalmente, el complejo de macho puede conducir a numerosas **crisis neuróticas**, de origen afectivo.

En efecto, hemos visto cómo toda manifestación afectiva, todo sentimiento, toda emoción son relegados por el macho a la mujer. Pero es absurdo creer que el ser humano pueda vivir sin sentimientos. Este continuo esfuerzo por matar u ocultar todas aquellas manifestaciones (incluso internas) que denoten sentimiento, imposibilita al individuo el encauce psicológico querido por la naturaleza. Todos estos sentimientos y afectos truncados no mueren: son reprimidos.

Reprimir es rechazar del campo consciente aquello que la persona no puede soportar (en este caso, debido a esa falsa concepción de que todo sentimiento es algo femenino, despreciable). Los afectos y sentimientos reprimidos quedan en el inconsciente del individuo, desde donde minan continuamente su actividad. Una experiencia inesperada, una situación fuera de lo corriente, un shock, cualquier gota puede hacer desbordar el vaso. Y entonces los sentimientos, largo tiempo reprimidos, se escapan por donde el individuo menos lo espera, y sin que caiga en la cuenta de a qué se deba "eso" que le está sucediendo. Tenemos ya una neurosis.

2.—Matrimoniales.

Es muy difícil que una pareja llegue a formar un verdadero matrimonio cuando el hombre arriba a él con las vivencias del complejo de mucho.

Un matrimonio sólo tiene probabilidades de perdurar y triunfar sobre las muchas dificultades que se le van presentando cuando está fundamentado en el amor. Pero amor es algo más que atracción física, o conveniencias sociales. Amor dice una relación personal entre dos individuos de igual dignidad, una relación que trasciende el plano físico (atracción sexual) y psíquico (erotismo) para penetrar en el plano trascendente espiritual: la individualidad de este ser concreto y personal, único e irrepetible. Un yo que habla a un tú y no a un **ello**, lo que sería una relación objetal. Este llegar hasta el plano más profundo de la persona humana no implica una relegación de los aspectos biológico y psíquico, sino una integración. El que ama, ama a la persona completa: sexual, psíquica y espiritualmente.

Cuando falla uno de los presupuestos esenciales, en este caso la relación personal, **el amor es imposible**. Si la mujer es considerada inferior al hombre, no existe posibilidad de esa relación entre dos personas —lo que exige una igual dignidad—. Los matrimonios que se produzcan en una sociedad en la que exista el complejo de macho, difícilmente podrán alcanzar un nivel humano —difícilmente se fundamentarán en el auténtico amor—.

Las consecuencias personales y sociales que de aquí se siguen son evidentes.

El exacerbamiento de la actividad sexual por parte del hombre, acompañado a menudo por la ignorancia de la mujer acerca de estas cuestiones, dificulta en gran manera una integración conveniente de la sexualidad en la vida matrimonial. "No hay nada más nefasto para el equilibrio sexual ulterior que todas las experiencias preconjugales que no preparan a una verdadera sexualidad conyugal y que son o bien masturbaciones solitarias, o bien el equivalente de esto mismo entre dos" (Chauchard). El individuo o adopta una actitud tabú ante el problema sexual en el matrimonio, o permanece en su actitud meramente sexual-animal.

En el primero de los casos, probablemente el más común, la esposa es considerada de manera diferente a las demás mujeres, con respecto a materias sexuales. Es muy común que el hombre busque inconscientemente en su esposa la imagen

ideal de la madre de su infancia. Aunque así no sea, la actividad sexual con su esposa tendrá caracteres muy distintos que con las demás mujeres: será tal vez respetuosa sí, pero poco espontánea y en ninguna manera la expresión de un verdadero amor —ya que éste, como acabamos de ver, no suele existir. Es frecuente que este **desenfoco de la sexualidad matrimonial** conduzca a la frigidez por parte de la esposa —por otro lado, considerada como natural en muchos ambientes—. En todo caso, rara vez contribuirá la actividad sexual en la vida de estos matrimonios a una profundización de la mutua unión personal y a una complementación en todos los órdenes. ¿Y los hijos engendrados en estas circunstancias? Ellos habrán de pagar las consecuencias de esta falta de amor.

En el segundo de los casos, cuando el individuo permanece en su actitud meramente sexual-genital con respecto a la esposa, la actividad sexual sigue siendo para él una masturbación entre dos o, todavía peor, un simple contacto de burdel. Su comportamiento aterrará a la esposa que, en una gran proporción de casos, sufrirá el "shock de la noche de bodas". La relación sexual se convierte en una relación meramente objetal, y esto lo entiende muy claramente la esposa, que se siente rechazada en su persona y despreciada en su dignidad humana. También aquí es frecuente que brote la frigidez de la mujer y la repulsa hasta fisiológica de todo acto sexual. El progreso en la integración conyugal queda truncado desde su mismo comienzo.

Esta situación conduce invariablemente a las fricciones y rupturas matrimoniales que abocarán o no al divorcio, dependiendo de una serie de factores sociales, económicos y religiosos. En todo caso, no existirá satisfacción ni enriquecimiento mutuo entre estos cónyuges. La satisfacción que no se encuentra en esta unión habrá que buscarla en actividades compensatorias. Las más de las veces, por parte del hombre surgen las amantes, la visita frecuente a burdeles, las aventuras ocasionales, etc. Por parte de la esposa también existe la posibilidad de algún amante o alguna aventura, aunque muy limitada por la vigilancia social. En caso de que esta compensación sexual le sea imposible o de que sus criterios morales se la impidan, buscará la compensación (inconscientemente) en sus hijos, a los que dedicará una atención desmedida y en los que tratará de encontrar lo que no le da su marido. Esta exigencia materna es fatal para los hijos y ocasiona continuos problemas, incluso a la misma madre.

3.—Educativas.

Son los hijos los que, en definitiva, cargan con todo el lastre de la desavenencia matrimonial paterna. Por de pronto, lo más probable es que el padre se desentienda de su educación: "eso es cosa de mujeres". Sin embargo, los hijos necesitan para su desarrollo del influjo directo y continuo de ambos progenitores. La ausencia del padre —con excepción de los momentos cruciales, en que ha de castigar, o tomar una decisión clave— es fatal, y deja un vacío en el psiquismo infantil que pesará a lo largo de toda la existencia.

Ya hemos visto cómo es frecuente que la madre trate de compensar con sus hijos todo el afecto y las satisfacciones que no obtiene de su marido. Esto suele producir comunmente en los hijos una fijación psicológica materna (de ahí que luego busquen para esposa una imagen de su madre), que dificultará un desarrollo normal de su personalidad. A veces la madre se vuelve superprotectora para sus hijos, controlando hasta el más mínimo de sus actos, e imponiéndoles unas exigencias que éstos sienten insoportables.

El efecto más curioso, con respecto a los hijos varones, es el de una educación que junta la rigurosidad con el libertinaje. Al hijo se le exige un respeto y una obediencia desproporcionadas para con sus padres y, al mismo tiempo, se le otorgan desde pequeño una serie de privilegios y libertades para las que todavía no está capacitado. "Ya es un hombre" (un macho adulto) —suele aducirse—. Pero no, todavía no es un hombre, un adulto; es un niño. Un niño al que no se le puede dar tanto dinero, al que no se le puede dejar sin más el carro familiar, al que se le debe orientar en sus diversiones, amistades, etc. Por otra parte, el ambiente social e incluso el mismo influjo paterno hacen que el niño siga los mismos pasos de su padre en lo que respecta a "machismo": empezará a acudir a burdeles desde edad temprana (hacia los trece o catorce años), manejará armas de fuego, hará conquistas "objetales" entre las muchachas, en una palabra, tratará de comportarse como un macho. Ya tenemos el complejo transmitido.

VI. CONCLUSION.

Hemos expuesto esquemáticamente el complejo de macho tal como se presenta en muchos sectores de nuestra sociedad: sus características, su base, sus consecuencias. Este complejo desvía la energía de una gran parte de nuestra sociedad, produce efectos nefastos en la vida personal y familiar de los individuos, e impide un decidido progreso social. Superar este complejo es sentar una base

muy importante para una renovación de nuestro pueblo. Pero la superación de este complejo implica una transformación personal, familiar y ambiental.

Creemos que el modo de realizar esta transformación exige, fundamentalmente, una **promoción de la dignidad femenina**, que sitúe a la mujer en un plano de igualdad con el hombre —lo que en ninguna manera quiere decir que la mujer deba igualarse totalmente con el hombre—. Hombre y mujer deben ser considerados en un plano idéntico en cuanto a dignidad, educación y oportunidades de desarrollo. Sin embargo, la formación de la auténtica virilidad y feminidad exige que se respeten las diversas modalidades —modalidades complementarias— del ser hombre y del ser mujer. Son las dos vertientes del ser humano, iguales en su diferencia, mutuamente necesitantes y complementarias.

Por otra parte, superar este complejo exige toda una campaña —sobre todo en el plano cultural y educativo— por borrar esos ideales "machistas". Enseñar el verdadero camino de la virilidad. En definitiva, una conversión al verdadero espíritu humano, que suprima tantos legalismos y criterios cerrados tradicionales, y revaloriza en extremo la dignidad humana de la persona, sea hombre o mujer. En este punto se sitúa una reconsideración a fondo de la estructura vocacional y carismática del individuo de la comunidad social, es decir, la integración de la personalidad (con todas sus peculiaridades) en la estructura social. Esto supone una revitalización de todo el proceso educativo, que se fundamente en la dignidad, libertad y responsabilidad de cada persona —y no simplemente en un autoritarismo mal entendido—. Pero para esto son necesarios auténticos educadores: educadores del niño, de la familia, de la sociedad. Que es el punto al que, desde uno u otro sentido, se arriba necesariamente cuando se piensa en una reestructuración social armoniosa.

Ignacio Martín-Baró.

1.—Aunque no sea una justificación de nuestro "machismo", hay que reconocer que éste se da también, en formas diversas, en las naciones que no son de origen latino. Basta asomarse a los diarios extranjeros para comprobarlo.

Concretamente este problema preocupa extraordinariamente en los E.E. UU., hasta el punto de admitir que en muchas de sus ciudades es peligroso para una mujer el caminar sola por las calles, pasadas las horas de luz.

"Nosotros —dijo el Presidente Johnson en su Mensaje al Congreso sobre el estado de la Unión, de 18 de Enero pasado— en todos los niveles del gobierno, nos damos cuenta de que el pueblo norteamericano está hastiado con el aumento de la delincuencia y del desorden". — N. de la R.